

CUENTOS DEL PARAÍSO DE LAS ISLAS
14-2-1:
Carla Canon visita al sabio Mirallá
Capítulo I

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libros: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 16/06/2024
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS), bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

INTRODUCCIÓN PRIMERA – Y LO MÁS ERÓTICAMENTE POSIBLE CONSIDERADO ESO DE LA INTRODUCCIÓN – DE LOS CUENTOS DEL PARAÍSO DE LAS ISLAS DE LA CARLA CANON, DEDICADOS A LA ACAMPADA SOL.

¿Qué es la poesía épica? La clásica la conocemos cada vez menos, o a través de audiovisuales aligerados hasta la exasperación, y la nueva poesía épica, para tiempos anómicos tan necesaria, no aparece por ninguna parte. ¿Tal vez es nueva poesía épica la de los juegos virtuales de mitologías mestizas y descontextualizadas? Lo dudo. Para no echarse a llorar, tiene que haber una épica más anarquista y bufona, más pop. Que levante el pavo que tenemos, en general, tan decaído. Por ello me he planteado un programa poético, que me gustaría que fuera poesía épica, o un ensayo de ella, por lo menos, que cante a los valientes creadores de leyes del nomadeo capaces de neutralizar a las tiránicas leyes del mercado. Una acción así, o con esa orientación al menos, sólo puede ser mostrada como creíble con un informe literario con tintes de poesía épica.

LOS CUENTOS DE LA CARLA CANON quieren ser **POESÍA ÉPICA REFRACTARIA**, pero no sé si soportará bien el texto una lectura así. Perteneciente a la colección de cuentos del paraíso de las islas para la Acampada Sol, es parte de un E-libro del Archivo de la frontera, por lo tanto, pero al mismo tiempo es, en sí mismo, un ensayo de poesía épica refractaria, que espera confirmación exterior de lecturas ajenas para saber si ha sido capaz de hacer reír, al menos en dos ocasiones, a lo largo de su lectura. Si no fuera así, lo consideraría un estrepitoso fracaso literario, y más, y pensaría seriamente en retirarme de la escritura para dedicarme a otros menesteres más reconocidos, por ejemplo, al cine. Es un decir. Díganme algo, pues, plissss...

CARLA CANON VISITA AL SABIO MIRALLÁ PARA HABLAR DE INTERSTICIOS DE NOMADEO

I Parte

Tiempo y situación

La primavera apuntaba ya, en pleno invierno, con los almendros florecidos. Carla Canon, después de un fin de semana en que se había bebido todo lo bebible y follado todo lo follable, como decían en plan bruto, y en ocasiones exagerando demasiado la realidad, quiso terminar su informe último sobre los campamentos de refugiados orientales, de allá por Siria, para intentar la coordinación con los nuevos poblados del Sahel de los que llegaban informes continuos desde Malí y desde los Archipiélagos.

1

Un mensaje

Al encender el ordenador, aún con la boina de la resaca puesta, se topó con un mensaje prioritario de los que hacía tiempo que no recibía. “Declaración individual de independencia personal Orbis Terrarum”, decía como título, en letras brillantes, y aquí y allá saltaba en el fondo de la pantalla la palabra PERSONA, de diferentes tamaños y colores. Le recordó sus tiempos de estudiante, tan radicales y animosos, y le hizo gracia. Apareció un icono de una camellita blanca rodeada de cisnes revoloteando a su alrededor, y sonrió. Eran los mensajes de la Biblioteca de don Borondón, que ahora le decían del Naranjal. Hacía tiempo que no recibía ninguno, y siempre resultaban estimulantes y divertidos.

El mensaje, con los iconitos de la camella Bernabé y los cisnes – y cisnas – del Rin, era de Fausto Mirallá, uno de los grandes bibliotecarios del Naranjal, en donde lo había conocido durante una de sus estancias allí para consultas, años atrás, cuando era aún estudiante, y en uno de sus primeros viajes de conocimiento y de contactos. ¡Tiempos aquellos, hermosos y transicionales! De un monte a otro monte, y, tras un muro, el mar. A Carla le entró curiosidad; se preparó un café muy cargado y volvió al ordenador.

“Palestra de la lucha cotidiana por un mundo decente”; ese rótulo inicial parecía el descriptor del marco o escenario general de la propuesta, que venía a continuación: “El viajero o viajera de conocimiento y contactos

se atiende, Orbis Terrarum, a lo vigente: derechos humanos”. Carla Canon sonrió, apuró su taza humeante de café y telefoneó a la biblioteca del Naranjal. Una chica de voz cantarina y vago acento nórdico le dijo que ella era nueva allí, pero tenía entendido que el sabio Mirallá había dejado su residencia en la biblioteca del Naranjal y se había trasladado a vivir a un nuevo intersticio de nomadeo que se estaba organizando a orillas del Rin. “Oh, yes, la camella blanca Bernabé sigue siendo nuestro iconito de mensajería”. Carla Canon le agradeció la información. Sonrió. Fausto Mirallá estaba organizando, sin duda, una nueva sucursal, si pudiera decirse así, de la biblioteca borondoniana en un nuevo intersticio de nomadeo; de ahí los cisnes –y cisnas – del Rin con que había animado el logotipo de su nuevo equipo y casa de apalanche. “El sabio Mirallá”, había dicho la chica del teléfono. Ya le habían pillado su perfil, estaba naciendo un nuevo personaje mito...

2

Una interpretación del mensaje

“La declaración individual de independencia personal Orbis Terrarum”, como formulación básica, parecía indicar que Mirallá pretendía crear un nuevo documento tipo muy básico para facilitar la movilidad de la gente de acá para allá; una suerte de carnet que acreditara que el poseedor, declarante de su independencia personal, no trabajaba para los intereses de algún anónimo patrón con otros intereses que los de la misma movilidad en busca de supervivencia. Carla apuró un segundo café y se sonrió para sí. “Quiere desenmascarar a los vende-motos, vamos. Se le nota a la legua. Viejo astuto”. Le comenzó a interesar el asunto, y dejó de lado por el momento el informe sobre los campamentos de refugiados orientales que traía entre manos. Lo tenía prácticamente resuelto ya; además, tendría la mente más despejada por la tarde, después de una siesta.

Entró en la “Palestra de la lucha cotidiana por un mundo decente”, el escenario en el que Fausto Mirallá quería desarrollar su propuesta, y resultó ser una plataforma digital que llamaba Tranvía, a la que te subías y bajabas a contenidos sucesivos en los que se iba precisando, con imágenes y textos, los mensajes del sabio Mirallá. “A proposal”, una propuesta. Eso era.

La primera imagen que se imponía al visitante del Tranvía era una esfera de cristal. Carla Canon la interpretó de inmediato: tenía relación con el Orbis Terrarum que se repetía en las formulaciones. Un mundo transparente y frágil. El sabio Mirallá convertía la vieja imagen/fuerza de “Europa, una casa de cristal” en un mundo globalizado en el que la base de la transparencia debía ser esa declaración individual de independencia personal.

3

Viejos debates de estudiantes en la biblioteca del Naranjal

Carla Canon había conocido al sabio Mirallá en la biblioteca del Naranjal, cuando aún le decían biblioteca de don Borondón. Ella era por entonces estudiante y activista, muy joven, y habían lanzado un concurso europeo para encontrar una imagen/fuerza que pudiera simbolizar una Europa unida amable para todos, global, y que pudieran comprenderla hasta los finlandeses, que no eran nada receptivos a formulaciones conceptuales tipo francés, como “Igualdad, libertad, fraternidad”, que no llegaban a comprender.

Aquella convocatoria, recordaba perfectamente la Carla, desencadenó numerosos debates asamblearios durante todo el verano que se pasó en la biblioteca del Naranjal, y Fausto Mirallá había sido uno de los principales animadores de los debates. Era músico y matemático, a más de editor y programador, y uno de los puntales clave en la difusión de contenidos de la biblioteca borondoniana. Entre las propuestas que surgieron sobre esa imagen que pudiera representar a Europa, algunas eran en verdad peregrinas y divertidísimas. La Carla Canon recordaba una con peculiar viveza, apoyada por un sector juvenil más juguetón, que llamaban “Lady Gaga Europa”, y hacía alusión a una artista internacional de moda en aquellos tiempos, extravagante y divertida. Una chica francesa muy guapa, de la que luego Carla llegó a ser muy buena amiga, la Chantal, había defendido esa candidatura de “Lady Gaga Europa” con total seriedad, y aludía como ilustre precedente a la bella actriz Brigitte Bardot que había servido de modelo para la imagen de la Republique francesa. Otro grupo, sobre todo de italianos, defendió una nave espacial con la imagen del David de Miguel Ángel y todo el fuste de la nave cubierto con corazones rojos, tipo un diseño muy famoso de Andy Warhol, pero fue rechazado escandalosamente por otro equipo de chicas airadas, de las antiguas feministas, que los tildaron de machistas naif y primarios.

Para la segunda gran asamblea general, que atrajo a numerosos chavales y chavalas de todo el mundo, pues ya la biblioteca de don Borondón era uno de los intersticios de nomadeo más afamados del paraíso de las islas, la práctica totalidad de las propuestas eran informes audiovisuales, en modelo de videoclip musical; una maravilla la explosión de imágenes y sonido entre debate y debate.

Poco a poco, en sesiones sucesivas, se fue imponiendo “Europa, una casa de cristal”, que patrocinaba, o coordinaba, mejor, Fausto Mirallá. Realizaron hasta una docena de informes audiovisuales o videoclips, y al final terminó convenciendo a la mayoría uno con la música del himno europeo y un mapa que se iba transformando poco a poco, con sucesivas irradiaciones de elementos arquitectónicos de cristal transparente, en un palacio tipo Alhambra de Granada lleno de fuentes y jardines.

Carla Canon sonrió. Muy refrescante todo para aquel tórrido verano.

La polisemia de la imagen/fuerza casa de cristal podía abarcar a todas las posibles interpretaciones, que saltaban aquí y allá según la sensibilidad de cada uno. “¡Las cuentas claras y encima de la mesa!”, decían unos. “¡Muerte al secreto!”, gritaban otros. “La contabilidad, en red abierta”, interpretaba alguna gente de aspecto más atildado y pulcro...

La última parte de aquel verano ya lejano se la habían pasado, en la biblioteca del Naranjal, consensuando contenidos literarios para aquella imagen/fuerza de la casa de cristal europea, y Fausto Mirallá presentó un informe final memorable, que se cerró con la fiesta de fin de verano y la centrifugación de todos los viajeros de conocimiento y de contactos hacia sus lugares de origen. Aquellos recuerdos de juventud los llevaba Carla impresos en la piel, como tatuaje, pues allí había fraguado su primer amor, el primer novio que se había convertido en su amante exclusivo durante más de un año, y con quien había vivido la experiencia inolvidable de la visita a su primer campamento de refugiados, que intentaban convertir en intersticio de nomadeo de éxito. ¡Tiempos aquellos, de emociones y movilidad!

4

Un manifiesto remozado

Carla Canon volvió a la pantalla, a la esfera transparente en que se había convertido la antigua casa de cristal, y observó en su interior un texto que reconoció al instante, pues correspondía a una de las elaboraciones teóricas adoptadas aquel lejano verano para explicar la imagen/fuerza de Europa, una casa de cristal: un esbozo de programa básico para convertir a Europa en una Gran Confederación Centro-Sur, como la llamaba el promotor, en este caso un viejo al que decían rector Juan Bravo o JB. El esbozo era muy simplificado, pero era la síntesis más sencilla de lo que aquella chavalería había consensuado que quería de Europa. De Europa como casa de cristal. Eran sólo ocho puntos o, mejor, una introducción y siete puntos básicos.

Carla Canon sintió despertarse en ella el instinto de semióloga, como ella le decía, el deseo de desmenuzar un mensaje que pudiera intrigarla; eso podía resultar peligroso. Observó el cuadernillo con el informe sobre campamentos de refugiados orientales, allí a su lado, y supo que debía esperar, con suerte, por lo menos hasta después de la siesta. Se levantó decidida, tomó el informe y se lo llevó a la mesa de trabajos pendientes; eso sí, dejó el informe sobre todos los demás, en lo alto del legajo, como absolutamente prioritario. Y se fue a preparar un tercer café humeante y bien cargado. Cuando atacaban los instintos básicos, y sobre todo el de semióloga, tenían que pillarla bien despierta. Sobre todo, para disfrutar de ellos.

Volvió a la pantalla abierta del Tranvía, la plataforma que el sabio Mirallá

le había enviado como mensaje, y leyó el texto inserto en la esfera de cristal. La introducción decía así:

La Gran Confederación Centro-Sur ha nacido como una concesión a la imaginación de los hombres y aunque su presidente Juan Bravo es cabeza visible no es, en absoluto, único responsable conceptual de la misma.

A Carla le entró la risa. Recordaba perfectamente aquella asamblea veraniega lejana en la que aprobaron este fragmento a petición de aquel viejo apasionado que era el rector JB; lo que la hacía reír era la trifulca que se montó a propósito de lo de “la imaginación de los hombres”, porque algunos grupos, sobre todo de mujeres airadas, querían que dijera “la imaginación de los hombres y de las mujeres”, y al final nadie recogió la solución final aceptada que era “la imaginación de la gente”, y quedó como quedó. Y quedó como quedó porque la trifulca iniciada por las mujeres airadas terminó convirtiéndose en una especie de orgía a medida que la tarde iba discurriendo y toda la chavalería comenzó a percatarse de que aquella era la última asamblea y fiesta del verano en el Naranjal. Y comenzaron las despedidas, y los achuchones, y la música se hizo reina del aire, y a la gente le entró la marcha y aquello se votó como se votó y terminó alegremente como terminó. El Naranjal todo y las arboledas de los alrededores convertidos en bosques de Nemo atestados de náyades y faunos en éxtasis místico inolvideíbles, mire usted, qué le vamos a decir... Carla se secó las lágrimas de las tantas risas y continuó con el punto uno del esbozo de programa básico para la Gran Confederación que querían para Europa, casa de cristal.

1 Todos los gobiernos de los países integrantes de la Gran Confederación siguen siendo la administración suprema de cada estado; sin embargo, las fronteras tradicionales han desaparecido en la Gran Confederación, sólo quedan límites geográficos administrativos.

Carla observó unas letras sobrepuestas a esta declaración del punto uno en diferente tono, que decían: “El viajero o viajera de conocimiento y contactos se atiene Orbis Terrarum a lo vigente: derechos humanos”. Ese le pareció a Carla un primer elemento importante del mensaje del sabio Mirallá: la Europa como casa de cristal, que había sido construida a golpe de acción de los viajeros de conocimiento y de contactos, debía convertirse en – Orbis Terrarum – una movida global. Sugería el nuevo marco simplificado para esa acción, que debía ser lo más básico y sencillo: los derechos humanos sin más. Eso parecía lo que quería remozar Mirallá del viejo manifiesto para adaptarlo a las nuevas redes de intersticios de nomadeo que se estaban generando por doquier, ese no parar que los estaba volviendo locos a todos con los nuevos nomadeos imparables y de urgencia... Los puntos dos y tres del esbozo de programa básico estaban tal cual Carla los recordaba:

2 Educación y coordinación económica son los dos objetivos básicos del equipo que, por decirlo así, dirige la Gran Confederación.

3 Tradiciones sociales, culturales y religiosas de los pueblos, a nivel de estado y región, son respetadas cuidadosamente, sin perjuicio de que un espíritu común se vaya imponiendo de forma nunca violenta como consecuencia de los contactos entre diversos grupos humanos. Estos contactos son estimulados, en pocas ocasiones dirigidos, y los viajes de conocimiento y de contactos son básicos en la formación de la juventud de toda la Gran Confederación.

A Carla Canon le entró, de nuevo, la risa, un ataque de risa al recordar la fiesta del Naranjal en la que consensuaron aquel viejo programa del rector JB. Si con la trifulca de las mujeres airadas que se había organizado durante la aprobación de la introducción a propósito de “la imaginación de la gente” había comenzado la fiesta propiamente dicha del final del verano, al punto uno del esbozo del programa toda la chavalería bailona ya respondió con un ¡Olé! jolgorioso y atronador y aplauso general. Lo mismo sucedió con el punto dos. Del número tres, ya no se supo si aquello fue una aprobación unánime o un pasar ya descarado del asunto, pues al alargarse su lectura el barullo general fue creciendo y algunas frases ni siquiera resultaban audibles... Intentaron recuperar el silencio justo cuando JB decía: “Estos contactos son estimulados...”, pero a partir de ese momento ya no tuvo arreglo aquello como asamblea porque ya se convirtió, al grito de “¡contactos estimulados!”, en el fiestón bacanalero y danzón en que devino la reunión, una especie de Bunga-Bunga que la estrella política italiana ascendente por entonces, el gran Silvio, estaba promocionando por el mundo. Carla Canon no podía parar de reírse con aquel vívido recordar que el mago sabio Mirallá le había provocado con su mensaje enviado a través de la camella blanca Bernabé y las pajaritas y cisnes del Rin...

Seguía poseída por la pasión semiológica; tantas risas no podían tener otra explicación. Carla Canon fue al baño y se enjuagó la cara; luego se preparó un aperitivo alcohólico y aromático y volvió a la pantalla del Tranvía. En el punto cuatro del esbozo del programa JB, parecía adivinarse otra pista interpretativa. El punto cuatro era breve:

4 Existe un pasaporte único a modo de cédula de identificación personal común a todos los habitantes de la Gran Confederación Centro-Sur.

Estuvo a punto de entrarle de nuevo la risa, pero un buen trago del aperitivo caipiriñado, de su invención, la calmó. Aquel punto no recordaba para nada que se hubiera aprobado en la fiesta del Naranjal, ni los siguientes tampoco, pues ya la asamblea se había convertido para entonces en un baile enloquecido. Una tácita aprobación, pues nadie se molestó más tarde en poner objeción alguna a aquel texto resultante, que por otra parte había de hacerse muy popular. En la esfera de cristal del Tranvía, sobre este punto cuatro, como antes

había sucedido con el punto uno, había también unas letras sobrepuestas con diferente tonalidad: “Si firmada la declaración de independencia”. Ese era un segundo elemento importante del mensaje de Mirallá. La declaración individual de independencia personal era una garantía para que no se infiltraran en el sistema de una casa de cristal Orbis Terrarum, no solo europea ya, los vendemotos de siempre. Vendedores, aseguradores y prestamistas, insaciables centripetadores, no cabían en las redes de movilidad o nomadeo que se pudieran estructurar, esencialmente centrifugadoras, ni ellos ni sus agentes, y ese era el sentido de esa inclusión de una declaración de independencia personal.

Carla Canon percibió en aquellas frases sobrepuestas con diferente tonalidad el deseo de remozar el viejo esbozo de manifiesto del rector JB, y otra vez le entró la risa al recordar los debates en torno al pasaporte y a las cédulas de identificación personal; a todos los asamblearios, sobre todo a la chavalería más joven y animosa, interesaban sobremanera. “¡Los papeles, los papeles!”, coreaban los grupos a los que se veía más trabajadetes por la vida. Unos defendían la validez de su “carnet de loco” como cédula principal de identificación para moverse con facilidad por los intersticios de nomadeo; otros defendían los más habituales, como los carnet de estudiante, o carnet de parado, o de refugiado o exiliado, o de minusválido o de cualquier tipología más o menos imaginativa que se les podía ocurrir. Algunos grupos se opusieron tenazmente a que desapareciera el carnet de puta, al que decían valorar más que el de peluquera, por ejemplo, porque tenían opción a intersticios de nomadeo más divertidos. También se armó un gran alboroto cuando algunos reivindicaron su carnet de putos y peluqueros ante el aplauso de las secciones de mujeres airadas más combativas, y siguió el baile y la lucha. Las cada vez más ajustadas y eficaces redes digitales, además, hacían maravillas. La unificación de modelos en una única acreditación, la declaración individual de independencia personal, tenía que satisfacer a todos. Y a todas. A tod’s.

5

Carla se había servido un nuevo aperitivo caipiriñado, que era lo que mejor le sentaba en un ataque pasional, fuera este el que fuera, y se dispuso a un penúltimo asalto al mensaje llegado del Rin con el iconito de la camella blanca. El punto cinco, consensuado tácitamente por una asamblea bailona, era simple:

*5 Francés, inglés y español son las tres lenguas
en las que, con la propia nacional o regional,
se educará a la juventud y de las que se servirá la administración.*

También sobre este punto, sobrepuesto con diferente tonalidad, unas letras mayúsculas enviaban un nuevo mensaje: “TODAS LAS LENGUAS”. El punto seis, tal cual:

6 La coordinación económica de las diferentes regiones, con atención prioritaria a la conservación de la naturaleza y riqueza material y cultural, es de gran importancia.

Y el punto siete y final del esbozo de manifiesto de JB, en la esfera de cristal de la página del Tranvía, aparecía, sin más, tachado por dos trazos paralelos inclinados hacia la derecha. Tachado. Eso sí, el texto podía leerse con facilidad:

*7 Las tradiciones militares de los pueblos serían tenidas en consideración y conservadas como disciplinas deportivas y para espectáculo.
La defensa del territorio nacional para la Gran Confederación Centro-Sur ha dejado de tener sentido tanto como la defensa de los intereses de un grupo o una clase.*

A Carla le intrigó esta supresión, sin más, del punto siete, y lo atribuyó a la nueva imagen que se había difundido de los ejércitos como organizaciones de asistencia humanitaria para catástrofes internacionales, de alguna manera como un cuerpo de policía y de bomberos global. En ese contexto, la alusión a disciplinas deportivas y para espectáculo – con la dramática urgencia de los tiempos que corrían – parecía una humorada cruel para un tiempo nada idílico – deportes y espectáculos – sino todo lo contrario... Por otra parte, también sobraba la alusión a los intereses de un grupo o una clase social desde el momento en el que, con la declaración individual de independencia personal, se creaba la nueva frontera global entre nómadas y vendemotos. Carla se preparó un tercer aperitivo acaipirinado, ya más aromático que alcohólico, y paseó la sala de trabajo de la casa, entre risitas que se le escapaban a traición desde lo hondo del alma cada vez que se le venía a la cabeza una escena nueva de la antigua fiesta de final del verano en el Naranjal... Ya debía faltar poco para la hora de comer, y quería terminar de saciar su pasión del momento antes de reunirse con los colegas en el restaurante de enfrente. Volvió a la pantalla.

Eso era todo en la página primera del Tranvía, la imagen de una esfera de cristal en la que se inscribía – o que albergaba, mejor – el esbozo de manifiesto antiguo remozado ahora por el sabio Fausto Mirallá. Después de esta imagen/fuerza, venía un discurso invertebrado, al estilo musical y matemático que solía utilizar el músico y matemático Mirallá, como una provocación entre impresionista y expresionista, para leer activamente y jugar con sus sugerencias y aproximaciones... De aquella cantata en cascada matemáticamente fragmentable en unidades de sentido, todas estimulantes, Carla seleccionó los dos fragmentos que le parecieron completar la idea que el sabio Mirallá quería transmitir:

Primar como inversión prioritaria, como gran inversión al fin, los intersticios de nomadeo, centro de acogida, protección, formación, clasificación y redistribución o centrifugación de la gente y los recursos, Orbis Terrarum.

Carla Canon apuró su tercer aperitivo acaipiriñado. “Esto es un programa político global de altura, sin duda”. Era una formulación que estaba en la línea de todas las conclusiones a que habían llegado los últimos informes sobre campamentos de refugiados que ella había elaborado últimamente, así como de la mayoría de los informes que llegaban de todas las fronteras más castigadas por guerras, desastres naturales, expolios de recursos o expropiaciones y desahucios impuestos por especuladores financieros. Sintetizaba muy bien un programa: era un chispazo expresivo que había que desarrollar hasta teóricamente.

El final del mensaje impresionó a Carla Canon, que lo vio de inmediato como una petición de socorro. Lo leyó como una rara partitura, con frases melódicas brillantes, fugas y calderones o silencios, rupturas rítmicas, citas y resbalones y disonancias, para cerrar con una chicuelina torera para titular el conjunto o collage del mensaje total: la palestra de la lucha cotidiana por un mundo decente. Este era el final de la pantalla primera del Tranvía, pues, que completaba el esbozo de manifiesto remozado:

Dar un sentido del valor de las cosas que no sea el de la dominación,
contribuir a ‘formar’ ciudadanos,
personas,
individuos,
seres humanos,
de una comunidad libre y hacer
que nosotros y nosotras
todos y todas
mismos y mismas
mediante la combinación de la ciudadanía con la libertad
en la creatividad individual y colectiva, seamos capaces de dar
a la vida nuestra humana el esplendor
que muchos humanos seres
en lo que llevamos
de hallarnos bajo el sol
y lo casi nunca nuevo
demuestra
nos dice Bertrand Russell
todavía
en la palestra
de la lucha cotidiana
por un mundo decente
FIN.

Carla Canon terminó emocionada la inmersión en el mensaje del sabio Mirallá, era una tonta, una sentimental, una jipi... Su pasión había estallado en lágrimas al final, eso era, era una sentimental. Tenía ganas de echar un polvo, y eso era un problema a esas horas... Vamos, anda, que, o se preparaba un enésimo aperitivo caipiriñado, o salía a la ventana y se ponía a gritar.

Se estaba poniendo frenética. Un golpe y, ¡zaj!, y tras un muro, el mar.

Se abrió una lata de almejas gigantes chilenas que encontró por allí, para acompañar el trago caipiriñado de aperitivo, y llamó al Naranjal para pedir el teléfono de Fausto Mirallá, pues necesitaba hablar de inmediato con él.

FIN de la I PARTE